Martes 8 de mayo — Núm. 16.603

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripciones.—En la Península, dos mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 ts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración: Plaza de San Agustín, número 7, bajo

La suscripción se pagará adelantado y en metálico, o en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París Mr. Lo[illegible], 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31, Faubour Monmartre.—New York, Mr. George B. Fike, 21, Park Row; Berlín, Rudolf Mosse Jerusalém Strasse, 46 y 49.

Guerra de soldados y guerra de Prensa

El periódico militar de Viena «Danzers Armée-Zeitung» ha publicado, con el título anterior, el siguiente artículo, que ha tenido gran resonancia en todas las naciones del mundo:

«Nosotros los soldados, hacemos la guerra con las armas; conocemos un solo fin: vencer al enemigo y para lograrlo damos el «summum» de lo que cada uno puede ofrecer: nuestra sangre, nuestra vida. Luchamos contra soldados que persiguen el mismo fin y que de igual manera, fieles á su deber, arriesgan su sangre y vida.

»Junto á esta guerra de las armas surge una segunda guerra entre los pueblos de Europa y de otros continentes ejercitada con la boca, ó dicho más exacto, con tinta, y con tinta de imprenta. Esta otra guerra incruenta está dirigida por gentes que saben guardar su sangre y sus bienes, que conocen el tronar de los cañones solo por las cifras de las pérdidas producidas, y cuya [illegible] es igual á [illegible].

»La guerra de nosotros, los soldados, hacemos con las armas y la guerra de los periodistas del mundo entero, se diferencia, no solo por los medios de lucha, sino tambien por la moralidad de esta lucha. El soldado batalla con un contrario, le aniquila, pero le estima. El periodista arrojan tan solo inofensivas masas de papel; pero sobre este inocente papel insulta al enemigo, le carga de ignominia y trata de hacerle despreciable.

»El enemigo que vemos ante nosotros en los sangrientos campos de batalla es valiente, lleno de amor á su patria, se manifiesta, con excepciones que nos reservamos digno del gran tema á que todos estamos entregados. El que los periodistas nos pinten es cobarde y vil, es un bandido, un golfo; está hambriento y desilusionado, murmura contra sus jefes, y sólo tiene un anhelo: salvarse en la deserción.

»Concedemos gustosos que esta semblanza de la guerra verdadera en ninguna parte es tan grotesca y sin freno como en Francia é Inglaterra. Los cuentos repartidos allí sobre el Ejército alemán y el nuestro, el ridículo espectáculo de indignación contra la barbarie alemana (actualmente hasta en las informaciones rusas se habla de los bárbaros alemanes), esta lucha de bilis y saliva impotentes, es en extremo indigna y repugnante. Psicológicamente no es incomprensible, aun cuando las esperanzas militares y políticas de la Triple Entente que refleja, son derribables como ligero castillo de naipes. Son la angustia y la desesperación las que hablan en tales excesos de los publicistas.

Pero también nosotros, tanto en Alemania como en Austria-Hungría, somos testigos involuntarios de una guerra periodística con excesos feos y faltos de sentido. Al decir esto recordamos las chistosas impresiones de los periodistas alemanes sobre las botas de charol de los franceses, sobre los «records» de velocidad de los ingleses en fuga, los robos de los intendentes rusos y otras parecidas. Pero en la Prensa alemana se trata ordinariamente de extravíos ocasionales de inteligencias subordinadas, mientras que el tono de los periódicos más influyentes es atinado y muy correcto, en tanto que la Prensa de Viena celebra orgías infantiles en esta cuestión.

»¡En qué tono se habla aquí del Ejército servio! Hace semanas los servios están desmoralizados; la artillería servia se amotina; Servia no tiene alimentos ni municiones; los soldados servios se sienten felices cuanto caen prisioneros; en el interior rugen la revolución; noventa mil mahometanos marchan contra Monastir; el Rey abriga propósitos de suicidio. Y mientras nuestros periódicos vieneses tantasean de esta manera, varios Cuerpos de ejércitos sostienen dia y noche encenada lucha en las líneas servias; se baten heróicos con un enemigo cuya intrepidez é indomable energía no han sido sobrepasadas por nadie, y se vierten torrentes de sangre nobilísima por cada palmo de terreno.

»En parecido tono se habla de los belgas. Los belgas son sencillamente merodeadores, y por haber [illegible] su neutralidad y haberse [illegible] de Francia é Inglaterra, por razones políticas, son ruines. Amar por fuerza es imposible, y los belgas estaban en su derecho al inclinarse á la derecha ó á la izquierda; pero, como soldados, tenemos que reconocer que los belgas, á pesar del carácter del país notoriamente pacífico, se han batido bastante bien; debemos elogiar que han cumplido fielmente sus compromisos frente á Francia é Inglaterra, en momentos en que su causa estaba irremisiblemente perdida. Por instigación de Inglaterra, que al fin y al cabo no podía imponérseles, han expuesto á los horrores de la guerra sus ciudades más hermosas, y finalmente, han defendido Amberes, cuando la caida de la ciudad era cuestión de pocos días; pero estos pocos días eran de gran importancia para los aliados. Cada hora que las tropas alemanas y la artillería pesada estuviesen detenidas delante de Amberes era de inestimable valor para Francia, pues los franceses tenían la esperanza de envolver el ala derecha alemana de un dia para otro, antes de que se la uniese como refuerzo el Cuerpo que sitiaba Amberes. Esta esperanza de los franceses fué vana; pero merece plena estimación del contrario el que los belgas hayan continuado la defensa de Amberes cuando los alemanes habian ocupado ya la cintura exterior de fuertes, y que expusieran al bombardeo la preciosa ciudad antigua sólo por esto pequeña ganancia de tiempo.

»No es menos despreciativo el tono de nuestra Prensa para los rusos. Las «ordas moscovitas» son, en realidad, ejércitos valientes de útiles soldados, convencidos de que la causa del Zar es santa y justa. Nosotros, naturalmente, tenemos el convencimiento de que la causa del Zar no es justa ni santa, y exponemos la vida al sacrificio de esta convicción; pero no insultamos por ello á los poderosos ejércitos contrarios; hasta concedemos que estos ejércitos están bien mandados, excelentemente provistos de material y muy bien armados. No nos apercibimos de las malversaciones atribuidas á los generales, y comprobamos á diario que las divisiones rusas han sido provistas de cañones y ametralladoras, á pesar de la incompetencia de las Corporaciones parlamentarias. En algunos casos, la Cruz Roja ha sido menospreciada, y se habla de despojos ocasionales; pero en general, vemos ante nosotros un enemigo caballeroso y honrado. Nosotros, los soldados—y tenemos el presentimiento de que hablamos en nombre de los millones de soldados de toda Europa que actualmente luchan y vierten su sangre fiel—, sin juramentos—, nosotros, los soldados, declaramos gustosos que cada uno vivirá, luchará hasta el último aliento y morirá por su causa, pero no queremos nada comun con esa otra guerra hecha con fango y negro de tinta.

»Esta guerra de Prensa está por otra parte, desprovista de utilidad. Si los periodistas se han imaginado que rebajando al enemigo nos infunden ánimo y confianza, debemos decirles que estamos inclinados á sacar nuestro esfuerzo y nuestro entusiasmo de otras fuentes distintas de los fárragos de los artículos de fondo. Prescindimos de semejantes estímulos, tanto más gustosos cuanto que este menosprecio del contrario, hasta la fecha, y especialmente entre nosotros, ha producido sólo daños y nunca utilidad.

»Sí; llegamos á sostener que, á nuestros ojos, el último guerrillero que, falto de sentido, pero inflamado de patriotismo, hace fuego sobre nuestra espalda, expone [illegible] horca y á que su casa y toda su aldea sea incendiada, está por encima del periodista, que toda su vida ha procurado minar los cimientos de nuestra fuerza con la palabra y la pluma, y ahora utiliza, habidoso, las nuevas corrientes, y con hinchadas frases patrióticas, desprovistas de valor y de fondo, hace ruido, y no combate al enemigo, sino que le escupe.»

De Sociedad

A la hora de entrar en máquina nuestro número de hoy, una comisión de damas y señoritas de nuestra distinguida sociedad, acompañadas del Sr. Alcalde D. Carlos Tapia, ha pasado al Palacio donde reside el General de este Apostadero, para hacer entrega á la distinguida señora D.ª Ursula Benjumeda de Miranda del artístico pergamino que ha pintado D. Vicente Ros con motivo del acuerdo del Ayuntamiento, declarando á tan ilustre dama, hija adoptiva de Cartagena.

La falta de tiempo nos impide dar más detalles de tan importante acto.

¡Horror!

Querida Marta recio! anhelante
Tu perfumada y sin igual misiva
Y no te extrañes que en el mismo instante
Para reñir te escriba.

No es porque de tu amor esté cansado,
Ni te dejo por otra, bella Marta
En tu carta está el quid de haber tronado,
Repasa bien la carta.

Tu me dirás (y yo no me incomodo)
Pérfido zascandil mi caballero.
Pero pintar tu «hamor!» con hache y todo...

¡Eso, no lo tolero!

Joaquín Alvarez Quintero.

Juegos Florales Juveniles

Como oportunamente anticipamos á nuestros lectores, ayer tarde, celebróse en los salones de la Económica, la reunión de escritores jóvenes [illegible] para nombrar la comisión [illegible] encargada que han de [illegible] la organización de esta simpática fiesta literaria, quedando constituida en la siguiente forma:

Presidente: D. Mariano Sanz.
Secretario: D. [illegible] de Letang.
Vocales: Pepe García Vazo, Carmelo Martínez Peñalver, Ricardo Sánchez Marín, Diego Alessón, Francisco de Lara, Isidro Juan y Luis A. Rosales.

Esta Comisión, de cuya actuación cabe concebir grandes esperanzas dada la valía de los elementos que la integran, empezará muy pronto activas gestiones, teniendo prometidos varios premios para los temas, entre ellos los de D. Francisco Ramos Bascuñana, D. Manuel Dorda Mesa, D. José Moncada Moreno y D. Vicente Ros.

FUMA Sí

El mejor papel de fumar

Pedidlo

en todos los estancos

La escuela y las flores

La preocupación de hacer alegre la escuela es general en todos los países. Una de las cosas más agradables para los que visitan las capitales que figuran en vanguardia de la cultura y del progreso, ha sido el verse gratamente sorprendidos con aquellas clases chiquititas, limpias, coquetonas, en donde apenas hay otra cosa que niños y flores.

Las flores son con los niños de un encanto que subyuga, aun en aquellas salas severas de Alemania, donde solo hay las filas de bancos bipersonales, la mesa del profesor, una regla adosada al muro para tallar, y el cuadro con las escasas vacaciones del año: las flores hállanse sobre los pupitres, junto á las rosadas de los pequeñuelos que á veces acaricia el sol, penetrando por los amplios ventanales del jardín.

Pero donde existe más arraigada la costumbre de embellecer las escuelas con flores es en Bélgica, ese lindo país que resultaba como una gran corola abierta á la cultura por la paz y por el trabajo.

Ciertamente en Bélgica se amaba á las flores con verdadero fervor nacional.

Toda escuela belga era un jardín de niños dentro de un jardín de plantas; los escolares cuidaban de las flores y embellecían con ellas las salas en que trabajaban, con flores adornaban los muros y ventanas, de flores llenaban sus cuadernos de trabajo.

Esto que á primera vista parece superficial, tiene, sin embargo, una ingenua trascendencia, pues hace vivir el amor del niño á todo cuanto le rodea; toda la conciencia, toda la sabiduría, toda la cultura que se dé á los niños valdrá poco si no se consigue que tengan cariño á la escuela, que no la miren como cosa odiosa y aborrecible, sino como lugar agradable y apetecible.

En ninguna parte faltan flores que ofrecer á los niños, hagamos que éstos las quieran como medio educativo y de embellecimiento de la vida.

Cuando consigamos que los niños no martiricen á los pájaros ni estropeen ni deshojen las flores, podremos afirmar que hemos dado un gran paso en la educación de la infancia.

Manuel H. Huerta.

El Corpus en Granada

Para contemplar los monumentos de la ciudad de Boabdil, admirar su belleza inenarrable y extasiarse ante sus panoramas encantadores, vienen anualmente turistas de todos los países.

Es la Alhambra monumento de universal renombre, el que ejerce esa atracción irresistible en los espíritus cultivados, anhelosos de leer la historia del progreso escrita en sus obras que perduran á través de los siglos, proclamando la grandeza de pasadas generaciones, y destellando la luz sempiterna del genio creador de la humanidad.

Las caravanas exóticas no dejan de acudir á Granada; son pocos, en cambio, los españoles que van á la ciudad de la mágica Colina Roja, aunque en realidad, todos guardamos íntimamente un deseo que nos aguijonea sin descanso: no quedarnos sin ver la muestra más perfecta y maravillosa de la arquitectura arábiga.

Buena ocasión de realizar ese deseo se nos presenta ahora, cuando Granada se dispone á celebrar sus grandiosas fiestas del Corpus Christi, instituídas por los Reyes Católicos para perpetuar el recuerdo del remate glorioso que tuvo á orillas del Genil, la epopeya de la Reconquista.

De toda Andalucía, de Murcia, de Valencia, de Barcelona y de Madrid, saldrán para Granada trenes especiales que facilitarán la asistencia á aquellas diversiones públicas que se desarrollarán del 2 al 13 de Junio próximo.

Los números más variados y atrayentes forman el programa: la Procesión del Santísimo Sacramento por un itinerario cuyo entoldado templa los ardores de un sol radiante, contemplando inmensa muche-

consecuencias de nuestra funesta imprevisión, fué el latigazo que nos hizo despiadadamente el rostro y la cuchillada que nos mutiló partes robustas del cuerpo nacional: fuimos vencidos en la lucha, maltrechos en la quimera, y quedaron perdidos para siempre los ricos tesoros de Cuba y Filipinas, últimos restos de nuestro vasto imperio colonial.

La política de la paz, es decir, la económica que determina la protección al Trabajo y á la Cultura con preferencia, y desatención de los servicios de Guerra y Marina, no encaja todavía en los presentes tiempos; es un ideal para el porvenir, desgraciadamente muy lejano.

Bueno y conveniente es la protección con dotación apropiada de aquellos elementos que integran la potencia contributiva del país, tampoco se ha de regatear lo que se consume en Instrucción pública, signo del progreso de los pueblos; pero esas atenciones no se han de prodigar con menoscabo de la nacionalidad, de la expansión mercantil y de los derechos de los pueblos y de las razas; y estas finalidades no se consiguen hoy por la persuasión, el convencimiento y el trabajo, influye notablemente en ello el estado militar de las naciones, se abren paso al solo influjo del ambiente guerrero que se respira.

Por esta sola razón, los grandes estados dan

la nación, que hizo sus manifestaciones morbosas cuando, forzados por la necesidad, tuvimos que improvisar y hacer frente al conflicto que nos conducía fatalmente al suicidio. ¿Qué importaban ya las masas de hombres, ni qué el material de guerra adquirido a la ligera, ni qué papel desempeñaba el dinero invertido, cuando no hubo tiempo de meditar un plan, ni de instruir al soldado, ni de conocer la importancia del enemigo que se nos venia encima? ¿Qué fruto habíamos de sacar cuando no hubo provisiones, cuando todo aquel conjunto de personas y cosas era ya, por su heterogeneidad, una masa informe y abigarrada, sin orden ni concierto?

Ocurrió lo que forzosamente habia de pasar: Todas aquellas energías improvisadas, no tenían la cohesión necesaria, no podían obrar de concierto, no las presidía la confianza que dan la escuela y el hábito; y al primer empuje de un enemigo preparado y dispuesto, se puso de manifiesto nuestra estructura endeble y delicada, con ese descubrimiento decayeron el ánimo y la moral, y el desastre sobrevino a poco, cubriéndonos de luto y dolor.

Otros paises reaccionan al poco de sus desventuras, pero el nuestro, de suyo exaltado e incostante, poco capacitado para la resignación y menos para la labor restauradora de sus con-